

BERTA ISLA

Javier Marías

Durante un tiempo no estuvo segura de si su marido era su marido, de manera parecida a como no se sabe, en la duermevela, si se está pensando o soñando, si uno aún conduce su mente o la ha extraviado por agotamiento. A veces creía que sí, a veces creía que no, y a veces decidía no creer nada y seguir viviendo su vida con él, o con aquel hombre semejante a él, mayor que él. Pero también ella se había hecho mayor por su cuenta, en su ausencia, era muy joven cuando se casó.

Estos eran los mejores periodos, los más tranquilos y satisfactorios y mansos, pero nunca duraban mucho, no es fácil desentenderse de una cuestión así, de una duda así. Lograba dejarla de lado durante unas semanas y sumergirse en la impremeditada cotidianidad, de la que gozan sin ningún problema la mayoría de los habitantes de la tierra, los cuales se limitan a ver empezar los días, y cómo trazan un arco para transcurrir y acabarse. Entonces se figuran que hay una clausura, una pausa, una división o una frontera, la que marca el adormecimiento, pero en realidad no la hay: el tiempo sigue avanzando y obrando, no sólo sobre nuestro cuerpo sino también sobre nuestra conciencia, al tiempo le trae sin cuidado que durmamos profundamente o estemos despiertos y alerta, que andemos desvelados o se nos cierren los ojos contra nuestra voluntad como si fuéramos centinelas bisoños en esos turnos nocturnos de guardia que se llaman imaginarias, quién sabe por qué, quizá porque luego le parece que no hayan tenido lugar, al que se mantuvo en vigilia mientras dormía el mundo, si consiguió mantenerse en vigilia y no ser arrestado, o pasado por las armas en tiempo de guerra. Una sola cabezada invencible y por su causa se encuentra uno muerto, o es dormido para siempre. Cuánto riesgo en cualquier cosa.

Cuando creía que su marido era su marido no estaba tan sosegada ni se levantaba de la cama con demasiadas ganas de iniciar la jornada, se sentía prisionera de lo largamente aguardado y ya cumplido y no más aguardado, quien se acostumbra a vivir en la espera nunca consiente del todo su término, es como si le quitaran la mitad del aire. Y cuando creía que no lo era pasaba la noche agitada y culpable, y deseaba no despertarse, para no hacer frente a los celos hacia el ser querido ni a los reproches con que se castigaba a sí misma. Le desagradaba verse endurecida como una miserable. En esos periodos en que decidía o lograba no creer nada, sentía en cambio el aliciente de la duda escondida, de la incertidumbre aplazada, porque antes o después ésta volvería. Había descubierto que vivir en la certeza absoluta es aburrido y condena a llevar una sola existencia, o a que sean la misma la real y la imaginaria, y nadie escapa enteramente a esta última. Y que la sospecha permanente a su vez no es tolerable, porque resulta extenuante observarse sin cesar a uno mismo y a los otros, sobre todo al otro, al más cercano, y comparar con los recuerdos que jamás son fiables. Nadie ve con nitidez lo que ya no está delante, aunque acabe de suceder o aún floten en la habitación el

aroma o el descontento de quien apenas se ha despedido. Basta con que alguien salga por una puerta y desaparezca para que su imagen empiece a difuminarse, basta con dejar de ver para ya no ver claro, o no ver nada; y con oír pasa lo mismo, y no digamos con el tacto. ¿Cómo puede uno, entonces, recordar con precisión y en orden lo ocurrido hace mucho tiempo? ¿Cómo puede representarse con fidelidad al marido de hace quince o veinte años, al que se acostaba en la cama cuando ella ya dormía hacía rato, y le penetraba con su miembro el cuerpo? También todo eso se desvanece y se enturbia, como las imaginarias de los soldados. Acaso es lo que se desvanece más pronto.

No siempre lo había poseído el descontento, a su marido a la vez español e inglés, Tom o Tomás Nevinson su nombre. No siempre había desprendido una especie de fastidio invasor, un disgusto de fondo que trasladaba consigo por toda la casa y que por tanto se hacía también de superficie. Llegaba con él como una emanación, al salón, al dormitorio, a la cocina, o como si fuera una tormenta suspendida sobre su cabeza que lo seguía a todas partes y rara vez se le alejaba. Eso lo llevaba a ser lacónico y a contestar a pocas preguntas, por supuesto a las comprometidas pero también a las inofensivas. Para las primeras se amparaba en que carecía de autorización para hacer revelaciones, y aprovechaba para recordarle a su mujer, Berta Isla, que jamás la obtendría: aunque pasaran decenios y estuviera al borde de la muerte, nunca podría contarle cuáles eran sus andanzas presentes, o sus cometidos, o sus misiones, la vida vivida cuando no estaba con ella. Berta debía aceptarlo y lo aceptaba: había una zona o una dimensión de su marido que permanecería siempre en la oscuridad, siempre fuera de su campo visual y de su oído, el relato negado, el ojo entrecerrado o miope o más bien ciego; ella sólo podía conjeturarla o imaginársela.

—Y además más vale que no la sepas —le dijo él en alguna ocasión, el obligado hermetismo no le impedía discursar a veces un rato, en abstracto y sin hacer la menor referencia a lugares ni individuos—. A menudo es poco agradable, contiene historias bastante tristes, condenadas a finales desgraciados, para unos o para otros; de vez en cuando es divertida pero casi siempre es fea, o aún peor, deprimente. Y con frecuencia salgo de ella con mala conciencia. Por fortuna se me pasa pronto, es transitoria. Por fortuna me olvido de lo que he hecho, es lo bueno de los episodios fingidos, no es uno mismo quien los experimenta, o sólo como si fuera un actor. Los actores vuelven a su ser tras concluir la película o la función de teatro, y éstas terminan disipándose siempre. A la larga sólo dejan un vago recuerdo como de cosa soñada e inverosímil, en todo caso dudosa. Incluso impropia de uno, y así uno se dice: ‘No, yo no he podido tener ese comportamiento, la memoria se confunde, era otro yo y es un equívoco’. O es como si fuera uno un sonámbulo, que ni siquiera se entera de sus acciones y pasos.

Berta Isla sabía que vivía parcialmente con un desconocido. Y alguien que tiene vedado dar explicaciones sobre meses enteros de su existencia se acaba sintiendo con licencia para no darlas sobre ningún aspecto. Pero también Tom era, parcialmente, una persona de toda la vida, que se da por descontada como el aire. Y uno jamás escruta el aire.

Se conocían desde casi niños, y entonces Tomás Nevinson era alegre y ligero y sin niebla ni sombra. El Instituto Británico de la calle Martínez Campos, junto al Museo Sorolla, en el que él había estudiado desde el principio, abandonaba o soltaba a sus alumnos a los trece o catorce años, tras lo que se llamaba en la época cuarto de bachillerato. Quinto, sexto y preuniversitario, los tres cursos restantes antes de la Universidad, debían completarlos en otro sitio, y no pocos pasaban al colegio de Berta, el Estudio, aunque sólo fuera porque también era mixto y laico, en contra de la norma en España durante el franquismo, y porque así no se movían de barrio, Estudio tenía su sede en la cercana calle de Miguel Ángel.

A menos que fueran horriblos o sin gracia alguna, los 'nuevos' solían arrasarse entre los del sexo opuesto, precisamente por novedosos, y Berta se enamoró muy rápido del joven Nevinson, primitiva y obcecadamente. Hay mucho de decisión elemental y arbitraria, también esteticista o presumida (uno mira alrededor y se dice: 'Quedo bien con este'), en esos amores que por fuerza empiezan con timidez, con miradas no sostenidas, sonrisas y conversaciones leves que disimulan el apasionamiento, el cual sin embargo arraiga en seguida y parece inamovible hasta el fin de los tiempos. Claro que es un apasionamiento teórico y en absoluto sometido a prueba, aprendido de las novelas y las películas, una proyección fantaseada en la que predomina una imagen estática: la muchacha se figura a sí misma casada con el elegido y él con ella, como un cuadro sin desarrollo ni variación ni historia, la visión se acaba ahí, los dos carecen de capacidad para ir más lejos, para verse a unas edades remotas que no les conciernen y se les antojan inalcanzables, para representarse otra cosa que la culminación, tras la que todo es impreciso y se frena; o es consecución, en los más clarividentes u obstinados. En unos tiempos en que aún se estilaba que al dejar la soltería las mujeres añadieran un 'de' a su apellido, seguido del del marido, a Berta le influían a favor de su elección hasta los efectos visual y sonoro de su nombre futuro lejano: no era lo mismo pasar a ser Berta Isla de Nevinson, que evocaba aventuras o parajes exóticos (un día tendría una tarjeta de visita que pondría eso exactamente; qué más, ya se vería), que Berta Isla de Suárez, por mencionar el apellido del compañero que le había gustado hasta la aparición de Tom en el colegio.

No fue la única chica de la clase que se fijó en él de ese modo vehemente y resuelto, y que tuvo aspiraciones. De hecho su llegada causó un general revuelo en el microcosmos, que se prolongó durante dos trimestres, hasta que hubo dueña aparente. Tomás Nevinson era bastante bien parecido y algo más alto que la mayoría, con un pelo rubiáceo peinado hacia atrás y anticuado (como de piloto de los años cuarenta, o de ferroviario cuando lo llevaba más corto, o de músico cuando lo llevaba más largo, nunca mucho contra la tendencia que se iba imponiendo; recordaba al del actor secundario Dan Duryea y se acercaba al del actor principal Gérard Philipe, cuando adquiría su volumen máximo: para los que tengan curiosidad visiva o memoria), y toda su persona transmitía la solidez de quien es inmune a las modas y por tanto a las inseguridades, que tantas formas adoptan hacia los quince años, casi nadie escapa a ellas. Daba la impresión de no estar sujeto a su época, o de sobrevolarla, como si no concediera importancia a

las circunstancias azarosas, y siempre lo es el día en que uno nace, incluso el siglo. En realidad sus facciones no pasaban de gratas, tampoco es que fuera un ejemplo de belleza juvenil innegable; lindaban con la sosería, que al cabo de un par de decenios se las apropiaría sin remedio. Pero de momento la salvaban de ella los labios carnosos y bien dibujados (que invitaban a ser recorridos con el dedo y palpados, quizá más que besados) y la mirada gris mate o brillante atormentada, según la luz o el tormento incipiente que se le estuviera condensando: unos ojos penetrantes, inquietos y más apaisados de lo habitual, que raramente descansaban y que contradecían el conjunto de serenidad de su figura. En esos ojos se vislumbraba algo anómalo, o tal vez se anunciaban anomalías venideras, entonces sólo acechantes o agazapadas, como si no les tocara despertar todavía y hubieran de madurar o incubarse para alcanzar su plena potencia. La nariz carecía de distinción, más bien ancha y como sin terminar, o por lo menos sin rúbrica. El mentón era vigoroso, tirando a cuadrado, levemente saliente, le confería un aire determinado. Era el todo lo que poseía atractivo, o encanto, y en él imperaba, más que el aspecto, el carácter irónico y liviano, propenso a las bromas suaves y despreocupado, tanto por lo que sucedía en el exterior como por lo que se ventilaba en su cabeza, que no sería fácil de adivinar ni siquiera para él mismo y no lo era para los cercanos: Nevinson rehuía la introspección y hablaba poco de su personalidad y de sus convicciones, como si ambas prácticas le parecieran un juego de niños y una pérdida de tiempo. Era lo contrario del adolescente que se descubre y analiza y observa y trata de descifrarse, con impaciencia por averiguar a qué clase de individuo pertenece; sin darse cuenta de que la pesquisa es inútil porque aún no está hecho del todo, y además ese saber no llega —si llega, y no se va modificando y negando— hasta que se toman decisiones de peso y se obra sobre la marcha, y cuando eso ocurre ya es tarde para rectificar y ser de otra clase. A Tomás Nevinson, en todo caso, no le interesaba mucho darse a conocer ni seguramente conocerse, o bien ya tenía completado el segundo proceso y el primero lo juzgaba costumbre de narcisistas. Acaso era la mitad inglesa de su ascendencia, pero a la postre nadie sabía muy bien cómo era. Bajo su apariencia amistosa y diáfana, incluso afable, había una frontera de opacidad y reserva. Y la mayor opacidad consistía en que los demás no eran conscientes, y apenas se percataban de esa capa impenetrable.

Era completamente bilingüe, hablaba inglés como su padre y español como su madre, y el hecho de que hubiera vivido principalmente en Madrid desde que no era capaz de articular palabra, o muy pocas, no mermaba su fluidez ni su elocuencia en la primera de estas lenguas: se había educado en ella durante la infancia y era la dominante en su casa, y todos los veranos desde que tenía memoria los había pasado en Inglaterra. A eso se añadían su facilidad para aprender terceras o cuartas y una extraordinaria habilidad para imitar hablas y cadencias y dicciones y acentos, nada más oír a alguien un rato sabía remedarlo a la perfección, sin previo ensayo ni esfuerzo. Con eso se ganaba simpatías y risas de sus compañeros, que acababan por solicitarle sus mejores interpretaciones. También impostaba la voz con eficacia y así lograba reproducir las de sus imitados, en aquellos años del colegio personajes de la televisión sobre todo, el consabido

Franco y algún que otro ministro que salía en las noticias levemente más que el resto. Las parodias en el idioma paterno se las guardaba para sus estancias en Londres y en la zona de Oxford, para sus amigos y parientes de allí (de la segunda ciudad era originario el señor Nevinson); en Estudio, en el barrio de Chamberí, nadie las habría comprendido ni jaleado, con la excepción de un par de ex-camaradas, tan bilingües como él, del Instituto Británico. Cuando se expresaba en uno u otro idioma, no se le notaba el menor rastro de extranjería, en ambos sonaba como un nativo, y así jamás tuvo problema para ser aceptado en Madrid como uno más pese a su apellido, conocía todos los giros y jergas, y si quería podía ser tan malhablado como el muchacho peor hablado de la capital entera, excluyendo arrabales. De hecho era uno más, en mucha mayor medida un español cualquiera que un inglés cualquiera. No descartaba cursar estudios universitarios en el país de su padre, y éste lo instaba a ello, pero su vida la concebía en Madrid, como siempre, y desde pronto junto a Berta. Si era admitido en Oxford tal vez se iría, pero estaba seguro de que al concluir su educación volvería y se quedaría.

El progenitor, Jack Nevinson, llevaba establecido en España largos años, inicialmente por azar y después por descontada pasión y matrimonio. Tom no tenía memoria de su existencia en otro sitio, sólo sabía que la había habido. Pero lo vivido por los padres con anterioridad al nacimiento de los hijos suele ser ignorado por éstos, o aún es más, no les concierne hasta que ya son adultos plenos y es muy tarde para preguntar, a veces. El señor Nevinson compaginaba cargos en la embajada británica con quehaceres en el British Council, al que había llegado de la mano de su representante en Madrid durante casi tres lustros, el irlandés Walter Starkie, asimismo fundador del Instituto Británico en 1940 y su director mucho tiempo, hispanista entusiasta y andariego y autor de varios libros sobre los gitanos, incluido uno titulado un poco ridículamente Don Gypsy. A Jack Nevinson le había costado más de la cuenta dominar la lengua de su mujer, y aunque al final lo había logrado sintáctica y gramaticalmente, con un vocabulario amplio si bien anticuado y libresco, jamás se desprendió de su muy fuerte acento, lo cual hacía que sus hijos lo vieran parcialmente como a un intruso en la casa y se dirigieran a él en inglés siempre, para evitarse incontenibles risas tontas y sonrojos. Se sentían azorados cuando había visitas españolas y no le quedaba más remedio que recurrir al castellano; en su boca les sonaba casi a chiste, como si oyeran los doblajes que con sus propias voces y su pronunciación se hacían Laurel y Hardy, el Gordo y el Flaco, para la exhibición en el ámbito hispánico de sus ya viejas películas (al fin y al cabo Stan Laurel era inglés, no americano, muy distintos sus acentos cuando se aventuran a salir de su idioma). Quizá esa inseguridad oral en el país de adopción contribuía a que Tom viese a veces a su padre con incongruente paternalismo, como si sus grandes dotes para el aprendizaje de otras lenguas y la imitación de hablas nuevas lo indujeran a creer que podría desenvolverse mucho mejor en el mundo —también abarcarlo, o sacarle provecho— de lo que lo haría nunca Jack Nevinson, hombre poco autoritario y resolutivo en familia, suponía que bastante más fuera de ella.

Esa mirada de superioridad prematura no se la permitía con su madre, Mercedes, mujer cariñosa pero muy vigilante, a la que además había debido respetar y padecer como profesora en un par de cursos del Británico, de cuyo claustro

formaba parte. 'Miss Mercedes', así la llamaban los alumnos, era buena conoedora, por tanto, de la lengua de su marido y la manejaba con más desparpajo que él la de ella, aunque tampoco careciera de acento. Los únicos que no tenían ninguno eran así los cuatro vástagos: Tom, un hermano y dos hermanas.

Berta Isla era netamente madrileña, en cambio (de cuarta o quinta generación, algo infrecuente en la época), una belleza morena, templada o suave e imperfecta. Si se analizaban sus rasgos, ninguno era deslumbrante, pero su rostro y su figura en conjunto resultaban turbadores, ejercían la atracción irresistible de las mujeres alegres y sonrientes y proclives a la carcajada; parecía estar siempre contenta, o estarlo con muy poca cosa o procurar estarlo a toda costa, y hay muchos hombres para los que eso se convierte en un elemento deseable: es como si quisieran adueñarse de esa risa —o suprimirla, cuando hay malos instintos—, o ver que se les dedica a ellos o que son ellos quienes la provocan, sin darse cuenta de que esa dentadura que ilumina permanentemente la cara, y que llama a quienes la avistan con fuerza, aparecerá en todo caso, sin que se la convoque, como si fuera una facción invariable, tanto como la nariz o la frente o las orejas. Esa tendencia risueña de Berta denotaba buen carácter, incluso complaciente, pero era levemente engañosa: su alegría era natural, fácil y pronta, pero si no encontraba motivo no se dedicaba a malgastarla ni a fingirla; encontraba múltiples motivos, es cierto; sin embargo, si no los había, podía ponerse muy seria, o triste, o enfadarse. Nada de esto le duraba mucho, era como si se aburriera de esos estados de ánimo lóbregos o ariscos, como si no les viera recompensa ni una evolución interesante, y le pareciera que su prolongación era monótona y no contenía enseñanzas, un insistente goteo que tan sólo elevaba el nivel del líquido, sin transformarlo; pero no los rehuía tontamente, cuando le sobrevenían. Bajo su apariencia de concordia, casi de bonhomía, era una joven con ideas claras, y hasta testaruda. Si quería algo iba por ello; no frontalmente, no infundiendo temor ni imponiéndose ni apremiando, sino con persuasión y habilidad y solicitud, haciéndose imprescindible y, eso sí, con determinación absoluta, como si nunca hubiera por qué disimular los deseos cuando no son sucios ni malignos. Tenía la facultad de deslizar un espejismo entre sus conocidos y amistades y novios, en la medida en que pudiera llamarse novios a sus elegidos de la adolescencia: lograba hacerles creer que lo peor que podría pasarles sería perderla a ella, o perder su aprecio, o su jovial compañía; y, de la misma manera, los convencía de que no había bendición en el mundo como su cercanía, como compartir con ella aula, juegos, proyectos, diversión, conversación, o la existencia entera. No es que en eso fuera artera, una especie de Yago que dirige y manipula y engaña con el persistente susurro al oído, en modo alguno. Ella misma debía de creer tal cosa con espontaneidad y ufanía, y así llevaba la creencia consigo, pintada en la frente o en la sonrisa o en las ruborizadas mejillas, y la contagiaba sin proponérselo. Su éxito no era sólo con los chicos, lo tenía también con las amigas: llegar a serlo de ella era como un timbre de gloria, un honor formar parte de su órbita; extrañamente no provocaba envidia ni celos, o apenas; era como si su sincera afectuosidad hacia casi todo el mundo la blindara contra las inquinas y las despiadadas malevolencias de esa edad cambiante y arbitraria. También Berta, como Tomás, parecía saber desde muy pronto a qué clase de individuo pertenecía, a qué clase de muchacha y de mujer futura, como si jamás hubiera

dudado de que su papel era protagonista y no secundario, al menos en su propia vida. Hay personas que temen verse como secundarias, en cambio, hasta de su propia historia, como si hubieran nacido sabiendo que, por únicas que todas sean, la suya no merecerá ser contada por nadie, o será sólo objeto de referencias al contarse la de otra, más azarosa y llamativa. Ni siquiera como pasatiempo de una sobremesa alargada, o de una noche junto al fuego sin sueño.

Fue en el tercer trimestre de quinto de bachillerato cuando Berta y Tom se emparejaron tan abiertamente como es posible a esas edades, y las demás pretendientes de él lo acataron con un suspiro de conformidad y renuncia: si Berta estaba de verdad interesada, no era extraño que Tomás Nevinson la prefiriera, al fin y al cabo la mitad masculina del colegio Estudio volvía la cabeza para mirarla intensamente, desde hacía uno o dos cursos, cuando se cruzaba con ella en las enormes escaleras de mármol o en el patio, en los recreos. Atraía la vista de los de su clase, de los mayores y de los menores, y hubo varios niños de diez u once años cuyo primer amor distante y asombrado —el amor aún sin ese nombre— fue Berta Isla y por eso nunca la olvidaron, ni en la juventud ni en la madurez ni en la vejez, aunque jamás hubieran intercambiado con ella una frase y para ella no hubieran existido. Hasta chicos de otros centros merodeaban para verla a la salida y seguirla, y los de Estudio, con un sentido de la pertenencia exacerbado, se soliviantaban ante los intrusos y vigilaban para que no cayera en las redes de alguien ajeno a ‘nosotros’.

Ni Tom ni Berta, que habían nacido en agosto y septiembre respectivamente, habían cumplido los quince cuando acordaron ‘salir’ o ‘ser novios’, como se decía entonces, y se sinceraron. En realidad ella se había sincerado mucho antes, sólo se había molestado en disfrazar su enamoramiento primitivo y obcecado —o en contenerlo— lo justo para no resultar agobiante ni descarada, lo justo para ser educada —con la educación de los años sesenta del pasado siglo, ya mediados— y que él tuviera la sensación, cuando se decidiera a dar el paso, de no haber sido meramente escogido y conducido, y de tomar alguna iniciativa.

Las parejas tan tempranas están condenadas a desarrollar cierto elemento de fraternidad, aunque sólo sea porque durante su primer periodo —el periodo inaugural, que tanto marca a veces el sesgo de lo venidero— saben que deben esperar para culminar sus amores y ardores. En aquella clase social y en aquel tiempo al menos, y pese a las urgencias de la sexualidad primeriza y a menudo explosiva, se juzgaba imprudente y desconsiderado forzar las cosas cuando se iba en serio, y Tomás y Berta supieron en seguida que ellos iban en serio, que no se trataba de un devaneo que terminaría con el curso, ni siquiera dos años más tarde, cuando tocara a su fin el colegio y lo abandonaran. En Tom Nevinson había algo de timidez y toda la inexperiencia en ese campo, y además le sucedió lo que sucede a no pocos muchachos: respetan demasiado a la que han escogido como amor de su vida presente, futura y eterna, evitan propasarse con ella como no lo evitan con otras, y con frecuencia acaban por exagerar la protección y el cuidado, por verla como a un ideal pese a ser de interrogativa carne y sano hueso e intrigado sexo, por temer profanarla y convertirla en casi intocable. Y a Berta le sucedió lo que sucede a no pocas muchachas: sabedoras de que se las puede tocar sin reservas y con curiosidad por ser profanadas, no quieren pasar por

impacientes, y todavía menos por ávidas. De tal manera que no es raro que, de tanto guardarse y mirarse con pasión y besarse con tiento, excluyendo zonas del cuerpo; de tanto acariciarse con deferencia y frenarse en cuanto notan que la deferencia sucumbe, la primera vez que culminen sus amores lo hagan por separado y vicariamente, esto es, con terceros ocasionales.

Los dos perdieron la virginidad en su primer curso universitario, y ninguno de los dos se lo contó al otro. Ese año estuvieron alejados relativamente, si bien mucho comparativamente: Tom fue admitido en Oxford, en buena medida gracias a los oficios de su padre y de Walter Starkie aunque también por sus grandes aptitudes lingüísticas, y Berta empezó Filosofía y Letras en la Complutense. Los periodos de vacaciones son largos en esa Universidad inglesa, algo más de un mes entre Michaelmas y Hilary, otro tanto entre Hilary y Trinity y tres completos entre Trinity y el nuevo Michaelmas o comienzo del curso, como se llaman allí los tres terms o muy falsos trimestres, así que Tomás regresaba a Madrid al cabo de sus ocho o nueve semanas de duro estudio y estancia y le daba tiempo a reanudar su vida madrileña, o a no perderla enteramente de vista, a no cortar del todo con ella ni sustituirla, a no olvidarse jamás de nada. Pero durante esas ocho o nueve semanas también les daba tiempo, a los dos, a poner al otro a la espera, es decir, entre paréntesis. Y a la vez sabían que lo que quedaría entre paréntesis sería el periodo de separación, una vez que se reunieran y todo volviera a su cauce. La distancia reiterada permite eso, que ninguna de las alternativas etapas sea real cabalmente, que sean ambas fantasmagóricas, que cada una difumine y niegue durante su reinado a la otra, casi la borre; y, en definitiva, que nada de lo que ocurre en ellas sea terrenal ni vigilia, cuente del todo como acaecido ni tenga demasiada importancia. No sabían Tom y Berta que ese iba a ser el signo de gran parte de su vida juntos, o juntos pero con poca presencia y sin cauce, o juntos y dándose la espalda.

En 1969 dos modas recorrían Europa y afectaban principalmente a los jóvenes: la política y el sexo. Las revueltas parisinas de mayo del 68 y la Primavera de Praga aplastada por los tanques soviéticos pusieron en eferescencia —aunque breve— a medio continente. En España, además, perduraba una dictadura instaurada hacía ya más de tres décadas. Las huelgas de obreros y estudiantes llevaron al régimen franquista a decretar el estado de excepción en todo el territorio nacional, lo cual era apenas un eufemismo para recortar aún más los derechos tan pálidos, aumentar las prerrogativas y la impunidad de la policía y dejarle mano libre para hacer lo que quisiera con quien quisiera. El 20 de enero el alumno de Derecho Enrique Ruano, al que tres días antes había detenido por arrojar octavillas la temida Brigada Político-Social, murió mientras estaba custodiado por ésta. La versión oficial, cambiante y llena de contradicciones, fue que el joven, de veintiún años, llevado a un edificio de la hoy calle Príncipe de Vergara para efectuar un registro, se zafó de los tres policías que lo vigilaban para caerse o tirarse por una ventana del séptimo piso en que se encontraban. El Ministro Fraga y el periódico Abc se esforzaron por presentarlo como un suicidio y por atribuir a Ruano una mente débil y desequilibrada, publicando en primera página y por entregas una carta a su psiquiatra que trocearon y manipularon para que

parecieran extractos de un supuesto diario íntimo atormentado. Pero casi nadie creyó esa versión y el episodio fue visto como un asesinato político, ya que el estudiante era miembro del Frente de Liberación Popular o 'Felipe', organización clandestina antifranquista de poca monta, como lo eran casi todas por fuerza (de poca monta y clandestinas). La incredulidad general estaba justificada, no sólo por la arraigada costumbre de mentir de todos los Gobiernos de la dictadura: veintisiete años después se comprobó, al exhumarse el cadáver con motivo del dificultoso juicio contra los tres policías —ya en democracia—, que se le había serrado una clavícula, hueso por el que, casi sin asomo de duda, habría penetrado una bala. En su día la autopsia fue falseada, no se permitió ver el cuerpo a la familia, se le prohibió publicar una esquela en la prensa; y al padre lo llamó en persona el Ministro de Información Fraga para conminarlo a no protestar y callarse con una frase parecida a esta: 'Recuerde que tiene otra hija de la que ocuparse', en referencia a la hermana de Ruano Margot, que también andaba metida en política. Aunque tanto tiempo después nada pudo probarse y los tres 'sociales' fueron absueltos de la acusación de asesinato —Colino, Galván y Simón sus apellidos—, el joven habría sido torturado probablemente durante los días de su detención, incluido el último, cuando por fin lo llevaron al piso de Príncipe de Vergara, le dispararon y lo arrojaron al vacío. Eso fue lo que ya creyeron sus compañeros en 1969.

La indignación estudiantil fue tan grande que en las movilizaciones de las fechas siguientes incluso participaron universitarios que hasta entonces habían sido más bien apolíticos o habían preferido no arriesgarse ni buscarse líos, como Berta Isla. Unas amistades de la Facultad la convencieron de acudir con ellas a una manifestación convocada un atardecer en la Plaza de Manuel Becerra, no lejos del coso taurino de Las Ventas. Aquellas concentraciones duraban poco, ilegales todas: la Policía Armada, los llamados 'grises' por el color de sus uniformes, solían estar enterados de antemano, dispersaban cualquier grupo a empellones y, si alguno lograba formarse, hacerse compacto y marchar unos metros coreando un lema, no digamos si volaban piedras contra comercios o bancos, en seguida cargaban a pie o a caballo con sus porras largas negras flexibles (más flexibles y largas las de los jinetes, casi como látigos cortos y gruesos), y siempre había en sus filas algún chulo o nervioso que echaba mano de pistola para infundir más miedo o sentirlo él menos.

En cuanto empezó la refriega Berta se vio corriendo delante de los guardias, junto con un montón de compañeros y desconocidos. Cada cual tiró por su lado, en la confianza de que los perseguidores no lo eligieran como objetivo y se inclinaran por apalearse a otros. Ella era novata en estos amotinamientos y no sabía nada, si era mejor meterse en el metro o refugiarse en un bar y mezclarse con los parroquianos o permanecer en la calle, en la que siempre habría posibilidad de correr de nuevo y no quedar atrapado en un sitio. Sí sabía que ser detenido en una algarada política suponía una noche y unas tortas en la Dirección General de Seguridad, en el mejor de los casos, y en el peor un proceso y una condena de meses o incluso de uno o dos años, según la malevolencia del juez adiestrado, además de ser expedientado en la Universidad en el acto. También sabía que ser

chica y muy joven (era su primer curso universitario) no la librería del castigo que le cayera en suerte.

Perdió pronto de vista a sus amistades, le entró pánico en la noche cerrada y no bien iluminada por las farolas tibias, corrió sin ton ni son de un lado a otro, todo el frío de enero le desapareció de golpe, notó el ardor de un peligro desconocido, se quiso desgajar del tumulto instintivamente y se alejó de la Plaza a la carrera por una calle adyacente no muy ancha y bastante vacía de manifestantes, la estampida había optado por otros caminos o procuraba no disgregarse en exceso con vistas a reagruparse e intentarlo de nuevo en balde, el temor y la furia crecientes, los ánimos exaltados, acelerados los pulsos y desterrados los cálculos. Iba como alma que llevara el diablo, aterrada, sin ver a nadie más a derecha ni a izquierda con los rabillos de los dos ojos mientras volaba en la idea de no pararse nunca o hasta creerse a salvo, hasta dejar la ciudad atrás o llegar a su casa, y entonces se le ocurrió volver la cabeza sin aminorar la velocidad —quizá oyó un ruido extraño, el resoplido o el trote muy vivo, un ruido de veraneo, de pueblo, de campo, un ruido de infancia— y vio a su espalda, casi encima de ella, la figura enorme de un gris a caballo con la porra ya levantada, a punto de descargarle un zurriagazo en la nuca o en las nalgas o en un costado, que sin duda la habría derribado al suelo, seguramente la habría dejado inconsciente o atontada, sin capacidad de reacción ni de más huida, destinada a recibir un segundo y un tercero si el guardia era sañudo, o a ser arrastrada, esposada y metida en un furgón si no lo era, y a ver torcido su presente y perder todo el futuro en unos pocos minutos de irreflexión y mala suerte. Le vio la cara al caballo negro y creyó vérsela también al hombre gris, pese a que el casco le tapaba la frente y el mentón el barboquejo, algo alzado y reforzado. Berta no tropezó ni se paralizó por el susto, sino que inútilmente aceleró más su carrera con la fuerza última de la desesperación, es lo que uno hace siempre aunque esté condenado, qué pueden unas piernas de chica contra las patas de un veloz cuadrúpedo, y aun así esas piernas aprietan el paso como las de un animal ignorante que todavía confía en escaparse. Entonces surgió un brazo de un callejón lateral, una mano que tiró de ella con brío haciéndola perder el equilibrio y caer de bruces, pero arrebatándosela a caballo y jinete y evitándole el impacto de la porra seguro. Éstos siguieron de largo, al menos unos cuantos metros por inercia, es difícil frenar en seco a una cabalgadura, era de esperar que se desentendieran y buscaran a otros subversivos para escarmentarlos, los había a centenares por los alrededores. La mano la puso en pie de otro tirón y Berta vio a un joven bien parecido y que no tenía ninguna pinta de ser estudiante ni de participar en protestas: los revoltosos no llevaban corbata ni sombrero y aquel joven sí, además de un abrigo que aspiraba a elegante, largo, azul marino y con el cuello subido. Era un tipo anticuado, el sombrero con el ala demasiado estrecha, como si fuera heredado.

—Vámonos de aquí, muchacha —le dijo—. Pero ya, cagando leches. —Y tiró de nuevo de ella, quería sacarla de allí, guiarla, salvarla.

Antes de que pudieran perderse por aquella calleja, sin embargo, reapareció el guardia a caballo, se había apresurado a regresar por su presa. Había hecho dar media vuelta a su montura y había retrocedido al galope, como si le hubiera dado

rabia no cobrarse una pieza que ya había individualizado y que tenía en el zurrón o casi. Ahora habría de elegir entre dos, Berta y el joven que había osado escamoteársela, o, si pegaba rápido y con tino, podría cazar a ambos, sobre todo si acudían compañeros policías en su ayuda, no se los veía por allí, el grueso se afanaría en la Plaza con ganas, solían sacudir a diestro y siniestro y sin miramientos, no fuera a verlos reservarse un mando y se la cargaran ellos luego. El chico del sombrero apretó la mano de Berta, pero no pareció sobresaltarse, sino que se irguió retador, un sangre fría, desdeñador del peligro o no dispuesto a mostrar temores. El gris blandía aún la larga porra, pero su ademán no era amenazador, la llevaba cruzada sobre la muñeca de la mano que sujetaba las riendas, como si fuera una caña de pescar o un tallo de junco que hacía balancearse. También era muy joven, con unos ojos azules y unas cejas pobladas oscuras, era lo que más saltaba a la vista bajo el casco calado, unos rasgos agradables con reminiscencias rurales, meridionales, andaluzas probablemente. Berta y el anticuado se quedaron quietos mirándolo, no se atrevieron a correr por el callejón, que quizá tenía poca o mala salida. O en realidad en seguida supieron que no tenían que huir de aquel jinete.

—No te iba a zurrar, muchacha, ¿por quién me tomas? —le dijo el gris a Berta; los dos la habían llamado de la misma forma, un vocativo infrecuente en Madrid en la época, sobre todo entre muchachos—. Sólo quería alejarte del follón por las bravas. Eres muy niña para meterte en estos fregados. Anda, lárgate. Y tú —y se dirigió al anticuado— no te vuelvas a cruzar en mi camino o saldrás muy mal parado: garrotazo y temporadita a la sombra segura. Esta vez te libras. Venga, aire. Ya he perdido mucho tiempo con vosotros.

El joven, con su corbata bien anudada y su abrigo hasta media pantorrilla, no se inmutó ante aquella amenaza futura. Se mantuvo erguido y con la mirada fría y alerta y muy fija en la del jinete, como si le fuera a leer ahí las intenciones y estuviera convencido de que, si se le arrancara, él sabría desmontarlo desde el suelo. Y en contra de lo que acababa de decir, el guardia no se fue en seguida, como si esperara a que lo hicieran sus perdonados primero, o quisiera prolongar al máximo la visión de la muchacha, no perderla de vista hasta que desapareciera de su campo visual y sus ojos no pudieran ya divisarla, por mucho que lo intentaran. Ninguno de los dos le contestó nada, y Berta Isla lo lamentó más tarde, no haberle dado las gracias. Pero en aquellos días a nadie le salía darle las gracias a un gris, a un policía de Franco, aunque se las mereciera. Eran el enemigo de casi todos y despreciables, eran los que perseguían y apaleaban y detenían, y arruinaban vidas recién empezadas.

Berta se había rasgado las medias y le sangraba una rodilla y seguía muy atemorizada, verse con el caballo encima y la porra en el aire, a punto de abatírsele sobre la nuca o la espalda, la había dejado hecha un manojo de nervios, pese al desenlace benévolo del incidente, que a su vez la había dejado con una extraña flojera física, ese desenlace. La mezcla la agotaba momentáneamente, carecía de sentido de la orientación y de voluntad, no habría sabido hacia dónde encaminarse en aquel instante. El joven anticuado, llevándola siempre de la mano como si fuera una niña, la sacó de la zona más conflictiva a buen paso, la condujo hacia la de Las Ventas y le dijo:

—Yo vivo aquí cerca. Sube y te curamos esa herida y te calmas un rato, venga. No vas a volver así a tu casa, mujer. Mejor que descanses y te adectes un poco. — Ahora ya no la llamó ‘muchacha’—. ¿Cómo te llamas? ¿Eres estudiante?

—Sí. De primero. Berta. Berta Isla. ¿Y tú?

—Yo Esteban. Esteban Yanes. Y soy banderillero.

Berta se sorprendió, nunca había conocido a nadie taurino, ni a los figurantes de ese mundo se los había imaginado fuera del ruedo y vestidos de calle.

—¿Banderillero de toros?

—No, de rinocerontes, a ver de qué va a ser. Dime otro bicho al que se le pongan banderillas.

Eso la distrajo de su agitación y de su cansancio enorme, unos segundos; habría sonreído de no estar aturdida. Le dio tiempo a pensar: ‘Está acostumbrado a vérselas con un animal mucho más peligroso que un pobre caballo obediente; por eso él no se ha asustado ni se ha alterado: habría sabido esquivarlo, quizá también desviarlo de mí’. Y lo miró de reojo con curiosidad creciente.

—Ese sombrero no te va, no sé si lo sabes —le salió decirle aun a riesgo de resultar impertinente; se le había ocurrido desde que lo vio surgir de la calleja, una de esas observaciones superfluas pero persistentes que se quedan flotando en la cabeza a la espera de encontrar su hueco, en medio de quehaceres mucho más urgentes.

El joven le soltó la mano, se lo quitó en seguida y lo miró con interés dándole vueltas entre las suyas; parado en medio de la calle, con decepción.

—¿Sí? No me fastidies. ¿Qué le pasa? ¿No me sienta bien? ¿Tú crees? Es de buena calidad, eh.

Tenía una mata abundante de pelo, peinado con raya alta a la izquierda, de manera que en el lado derecho se le formaba casi flequillo, tanto pelo había allí que parecía difícil haberlo metido todo bajo el sombrero sin que sobresaliera nada. Así se lo veía más atractivo, el cabello liberado colocaba los rasgos en su verdadero sitio o los definía mejor. Los ojos castaños muy separados, casi de color ciruela, otorgaban limpieza y candidez a su cara, era un rostro sin dobleces, nada reconcentrado ni huidizo ni mortificado, de esos que, como se decía antes, se leen como un libro abierto (aunque haya libros impenetrables e insoportables) y no parecen guardar nada distinto de lo que expresan. La nariz era recta y grande, la dentadura poderosa y un poco saliente, de las que semejan tener vida propia al mostrarse con generosidad, una sonrisa africana le iluminaba las demás facciones y el conjunto invitaba a confiar en su dueño en cuanto aparecía aquélla. Una de esas dentaduras que alguna gente piensa al verlas: ‘Ojalá me la pudiera prestar, otro gallo me cantarían. Sobre todo cuando salgo por ahí a ligar’.

—No, no te sienta nada bien. Le falta ala para esa copa. No te va. Te hace la cabeza pequeña. Casi de pepino, y tú no la tienes así.

—Pues entonces no se hable más. A la mierda el sombrerito. Pepino no —dijo el banderillero Esteban Yanes, y lo arrojó sin más a una papelera cercana. A continuación sonrió e hizo amago de saludar con una mano, como si acabara de soltar un par de banderillas con éxito.

Berta dio un respingo y se sintió culpable, no esperaba condenar a muerte a la prenda con sus comentarios. (O a las greñas de un mendigo, que seguramente la recogería de allí.) Quizá aquel sombrero no era heredado y le había costado caro al joven. Era unos cuantos años mayor que ella, andaría por los veintitrés o veinticuatro, pero a esa edad tampoco suele sobrar el dinero, y menos en aquella época.

—Oye, tampoco tienes que hacer caso de lo que yo diga. Si a ti te gustaba, ¿qué más te da mi opinión? Ni siquiera me conoces. No hay que ser tan drástico.

—Yo a ti, sólo con verte, te hago caso en lo que se tercié, y con drasticidad. — Aquello sonó como un cumplido, si se atendía a las palabras (dudó que la última existiera, pero quienes no se preocupan por eso a menudo inventan con más alegría y acierto que los que sí). Ni el tono ni la actitud, sin embargo, se correspondían con los de una galantería. O quizá ésta era tan anticuada que Berta no acabó de reconocerla: ninguno de sus compañeros, ni siquiera los que le tiraban tejos, ni siquiera el propio Tom, le habrían soltado una frase así (ya empezaban los tiempos ariscos, los de la buena educación como un desdoro y la mala como un blasón)—. Anda, vamos, que esa rodilla necesita cura, a ver si se te va a infectar.

Al entrar en su piso Berta dedujo que no andaba nada mal de dinero. Tenía muebles nuevos, sin gastar (no demasiados, eso sí), y era bastante más amplio que los que alquilaban los pocos estudiantes que podían permitírselo. De hecho era muy raro que no fueran compartidos, al menos entre dos, cuando no entre cuatro o cinco. Aquella era una casa en regla, aunque indudablemente de soltero, de hombre solo y no enteramente instalado. Todo aparecía ordenado, incluso estudiado, pero con un aire de provisionalidad. En las paredes había unas cuantas fotos taurinas, tres o cuatro carteles anunciando corridas, en uno acertó a ver los nombres, famosos hasta para ella, de Santiago Martín 'El Viti' y Gregorio Sánchez. Por suerte no se veía ninguna cabeza de toro colgada y enmarcada como un exagerado altorrelieve, tal vez sólo se las concedían a los matadores, no a los subalternos, Berta lo ignoraba todo de la fiesta.

—¿Vives aquí solo? —le preguntó—. ¿Todo esto es para ti?

—Sí, lo tengo alquilado desde hace unos meses. Durante la temporada le sacaré poco provecho, apenas pararé en Madrid, y me cuesta un Congo. Pero bueno, últimamente me ha ido muy bien de suelto, y en algún sitio hay que meterse cuando no hay actividad. Para América sí que no me llaman. Y acaba uno harto de pensiones y hoteles, la verdad.

—¿De suelto?

—Ahora te lo explico, mientras te curo eso. Anda, siéntate ahí —y le señaló un sillón; había alfombra debajo— y quítate las medias. Están para tirar. Si no llevas

unas de repuesto, te las bajo yo luego a comprar. Bueno, me tendrías que decir dónde se compran, yo no tengo ni idea. Voy por el botiquín.

Salió del salón y Berta lo oyó revolver a distancia, abrir y cerrar armaritos y cajones, supuso que del cuarto de baño. Se quitó el abrigo, lo dejó en el sofá cercano, se sentó en el sillón indicado y allí se quitó las botas que llevaba —botas de cremallera, hasta la rodilla— y a continuación las medias oscuras que en realidad eran medias enteras, es decir, llegaban hasta la cintura, en aquellos años era ya lo habitual. Tuvo que levantarse bastante la falda para que salieran, porque era falda recta, casi estrecha, algo corta —cubría dos tercios de muslo, acaso menos—, como también era a menudo la moda de entonces. Su decisión de acudir a la manifestación había sido tan improvisada que había salido de su casa vestida como para ir a clase, en modo alguno para huir por las calles delante de un gris con cabalgadura. Mientras se las quitaba miró un par de veces hacia la puerta por la que había desaparecido su anfitrión, no fuera a entrar de nuevo en medio de su desvestimiento parcial (sin pararse a contarlas, con naturalidad, se había desprendido de cuatro prendas en un instante, si se incluía la bufanda; es decir, de la mitad: le quedaban la falda, un jersey suave con escote de pico, las bragas y el sostén). Miró por mirar, en realidad descubrió que no le importaba que la viera con la falda subida unos segundos, un gran susto pasado y un gran cansancio presente bajan la guardia de las personas, les sobreviene una especie de indiferencia cuando no de complacencia por haber salido con bien de un aprieto y poder empezarse a relajar. Además, el joven Yanes le inspiraba confianza, era alguien con quien resultaba cómodo estar. Una vez concluida la rápida operación (las medias hechas un guiñapo en el suelo, se sintió sin fuerzas para retirarlas de allí), se arrellanó en el sillón, las piernas desnudas, los pies descalzos sobre la alfombra, se echó un vistazo a la sangre sin preocupación, le vino algo de sueño instantáneo, no dio tiempo a que se instalara en ella y la pudiera vencer porque el banderillero regresó, también él se había despojado del abrigo, la chaqueta y la corbata y se había remangado la camisa. En una mano traía un vaso de Coca-Cola con hielo, que le entregó, y en la otra, en efecto, un pequeño botiquín de color blanco con asa, quizá todo torero tenía uno en su casa, para cambiarse vendas, por precaución. Yanes cogió un taburete bajo y se sentó ante ella.

—A ver —le dijo—, primero te la lavo un poco, esto no va a doler. —Berta cruzó instintivamente las piernas, en parte por facilitárselo, por acercarle la rodilla, y en parte por dificultárselo (por dificultarle una visión)—. No, no me cruces las piernas, así es peor. Apoya la pantorrilla en mi muslo, será más fácil así. —Con esmero le lavó la herida con una pequeña esponja, agua y jabón, y a continuación se la secó con toques leves de una toallita, como si lo último que quisiera fuera hacerle daño y restregar. Luego le sopló, con aire frío, procuró. Ahora, desde su baja altura, Yanes tenía bien visible la visión, la falda era lo bastante corta y estrecha (con las piernas descruzadas quedaba tensa, tirante) para que el pico de las bragas entrara en su campo visual, y si necesitaba mayor ángulo, en realidad no tenía más que mover su muslo hacia la izquierda y la pantorrilla de Berta, que estaba encima, obedecería sin remisión. Y así lo hizo el banderillero, echó el muslo imperceptiblemente hacia un lado y la deseada imagen se le amplió, se le ofrecieron entreabiertas las piernas enteras, de tobillo a ingle por así decir (pero

los pies descalzos también), eran fuertes, fornidas sin llegar a gruesas, como de norteamericana, firmes y bien musculadas y bastante largas, piernas que invitaban a recrearse y a ahondar, y siempre es perceptible ahí algo de monte, al terminar (o es más bien suave loma, abultamiento y palpitación)—. Ahora te voy a dar con alcohol, esto sí te va a escocer al principio, luego ya menos. —Roció un trozo de algodón, y cuando estuvo bien empapado para que no se pegaran hebras a la herida, lo pasó repetidas veces por ella, con delicadeza y tiento. Y volvió a soplar, de hecho sopló un poco más arriba de la rodilla, como si la puntería le hubiera fallado o también quisiera aliviar donde no habría ningún ardor.

En seguida se reflejó el escozor en la cara de Berta (apretó los dientes, echó los labios hacia atrás), pero en verdad duró poco. Se sintió como cuando era niña y algún adulto le sanaba un corte o un rasguño. Era grato volver a estar en manos de alguien, que alguien le tocara a uno y le hiciera cosas útiles con las manos, no importaba mucho qué: en primera instancia no era una sensación muy distinta de la que provoca el peluquero al pasar la navaja o la maquinilla por la nuca de un hombre que entonces se llega a adormecer, o incluso de la que provoca el dentista cuando sólo raspa o hace vibrar y no causa dolor; y aún más parecida a la que trae el médico cuando ausculta y palpa y tamborilea con un solo dedo, el corazón, y hace presión y pregunta: ‘¿Duele aquí? ¿Y aquí? ¿Y aquí?’. Hay un elemento agradable en dejarse hacer y manosear, aunque no sean cosas placenteras, aunque linden con la molestia y aun con el temor (un barbero siempre puede cortar sin querer, un dentista tocar una encía o un nervio, un médico cambiar de expresión y mostrar preocupación, un hombre hacer daño a una mujer, y si ella es inexperta más aún). Berta Isla se sintió cómoda y perezosa y cuidada, le aumentó la flojera mientras Yanes le ponía una tirita de buen tamaño sobre la herida y daba por concluida su cura. Y tras adherirla no retiró las manos inmediatamente, como le habría tocado hacer, sino que las apoyó, siempre con suavidad, las dos a la vez, en la parte externa de los muslos de la joven, como quien las apoya en los hombros con ademán protector, no más, o como un gesto que viene a decir: ‘Listo. Ya está’. Pero los muslos no son hombros, ni siquiera la cara exterior, nada que ver. Berta no reaccionó de ninguna manera, se lo quedó mirando con mirada algo turbia por adormilada o por intrigada, entornados los ojos, queriendo alarmarse pero sin conseguirlo, llamando pálidamente al rubor que con tanta facilidad le acudía por lo general, como quien espera o no sabe si ansía que esas manos no se aparten, e incluso siente curiosidad por averiguar si cambiarán de posición o se desplazarán hacia otra zona, por ejemplo a la cara interna del muslo, que aún es menos como los hombros, ahí el ademán protector se puede convertir en amenazante para quien es tocado o disparar su impaciencia, todo depende del día y de los quién y quién. Durante un minuto entero —largo minuto de silencio absoluto, por qué nadie hablaba—, las manos de Yanes no se movieron un milímetro, permanecieron allí quietas, sin tan siquiera acariciar ni presionar, tan sólo plantadas, casi inertes, esas palmas dejarían huella rojiza si se demoraban mucho más, y acaso costaría un poco despegarlas de la piel. El banderillero aguantó la mirada de los ojos brumosos con los suyos tan separados, que le daban un aire de limpieza e ingenuidad. No delataban nada en sí mismos, no anticipaban el siguiente paso, sólo transmitían serenidad. Y sin embargo se leía aquel rostro y Berta supo lo que antes o después

probaría el desconocido —ah sí, era un desconocido—, lo supo con tanta certeza que lo contrario le habría supuesto una decepción. Se forzó a pensar en Tomás Nevinson, al que quería con tanto convencimiento, con incondicionalidad deliberada y testarudez; pero no le pareció que aquella tarde o ya noche tuviera nada que ver con él ni que lo fuera a poner en cuestión, no logró ver ningún vínculo entre su novio lejano medio inglés y aquella situación en un piso cercano a la Plaza de Las Ventas con un joven que seguramente actuaba o deseaba actuar allí, no le había explicado qué era eso de 'suelto'. Pensó que aún no había recuperado ni el sentido de la orientación ni la voluntad; que continuaba perturbada o entumecida por el susto de la aventura equina, o clandestina, o policial, o todo ello a la vez. No hay nada mejor que creer que se ha perdido la voluntad, que está uno a merced del oleaje y del vaivén, que puede mecerse y abandonarse; o sí, todavía es mejor creer que la voluntad se ha entregado a otro, a quien ahora corresponderá decidir qué va a pasar.

(...)